

Que levante mi mano quien crea en la telequinesis

y otros mandamientos
para corromper a la juventud

Kurt Vonnegut

«Despiadadamente
divertido.»

Dave Eggers,

The New York Times

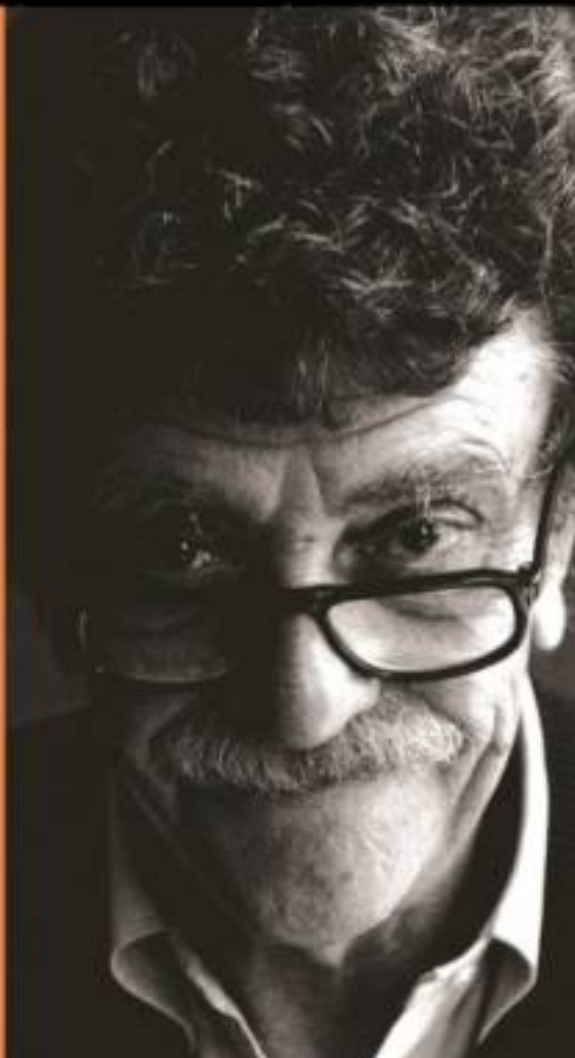
«Kurt Vonnegut puede
estar muerto, pero
sigue dando muy
buenos consejos.»

David Ulin,

Los Angeles Times

Traducción

Ramón de España



Kurt Vonnegut vuelve a la carga desde el otro mundo con este volumen que aúna la victoria de la risa y la razón crítica (dos elementos inseparables de la filosofía vonnegutiana) para demostrarnos que el indomable nado sigue gozando de una magnífica salud.

El presente volumen consta de nueve discursos inéditos, siete de ellos dirigidos a estudiantes universitarios en días de dichosa graduación. Éste un género muy querido en la oratoria norteamericana que ha dado lugar a piezas memorables adornadas con nobles sentimientos, recuerdos edificantes y sabios consejos o melifluos elixires por autoridades de intachable prestigio moral o intelectual. El autor de *Matadero 5* también gozaba de una excelente reputación, pero él mismo se encargaba de sabotearla a la primera de cambio.

Los parlamentos aquí reunidos y la guinda que los corona son Vonnegut en estado puro: la quintaesencia de su tono, la campante sublimación de sus estacazos, la pólvora de su estilo y el filo de un estilete rematado con un florilegio de agudezas que nos llevará a la reflexión más sesuda. O sea: Kurt al cuadrado y, en ocasiones, al cubo.

Si el cuerdo parece un chiflado cuando la sociedad enloquece, este libro es la muestra más acabada de una cordura lunática.

«Como la de su antecesor literario Mark Twain, la mala leche de Kurt Vonnegut es siempre jovial e ingeniosa».

A. O. Scott,
The New York Times Book Review

Introducción

Cuando la publicación de su novela *Matadero Cinco* le brindó un gran éxito internacional en 1969, Kurt Vonnegut se convirtió en uno de los oradores más populares en las ceremonias de graduación estadounidenses. Incluso antes de que se publicara el primero de sus muchos superventas, Vonnegut ya era un héroe secreto para los jóvenes de los sesenta ansiosos por encontrar nuevas maneras de entender el mundo y alternativas al *statu quo*. Los universitarios se pasaban manoseados ejemplares de novelas como *Cuna de gato* o *Las sirenas de Titán* antes de que *Matadero Cinco* lo convirtiera en un autor célebre. Desde sus primeros cuentos aparecidos en semanarios de los años cincuenta (entre ellos *Colliers* y *The Saturday Evening Post*), la obra de Vonnegut atrajo a los jóvenes, y esa atracción nunca ha decaído. Sus novelas, ensayos y cuentos se estudian en universidades e institutos de toda Norteamérica. Como me dijo el profesor Shaun O'Connell, de la Universidad de Massachusetts, «cada vez cuesta más que los alumnos lean a Updike y a Bellow, pero Vonnegut les sigue gustando».

Para su propia sorpresa e incomodidad, Vonnegut fue saludado como «portavoz» de la juventud y héroe contracultural de los años sesenta aunque no fuese, irónicamente, una figura de la «contra-contracultura». Vonnegut satirizó las ingenuas promesas de armonía interior y paz mundial que pregonaba el Maharishi Mahesh Yogi en un artículo para *Esquire* titulado «Yes, we have no nirvanas» [sí, no tenemos nirvanas]. Mientras se ponían de moda meditaciones orientales como el zen, Vonnegut afirmaba que tenemos un estupendo método occidental para desacelerar el corazón

e inmovilizar la mente: la «lectura de cuentos». A esa práctica la llamaba «siestecilla budista». No era, sin embargo, uno de esos adultos de la época que no hallaban nada que admirar en la cultura juvenil. Había escrito que «la función del artista consiste en conseguir que a la gente le guste más la vida», y cuando alguien le preguntaba si eso había sucedido alguna vez, respondía: «Sí, los Beatles lo lograron».

También le encantaban el *blues* y el *jazz*. A un amigo crítico literario le escribió: «Durante mi juventud en Indianápolis, los músicos de *jazz* de por allí eran un estímulo y una constante alegría».

No pensaba que las drogas produjeran tal efecto. En un discurso de esta recopilación confiesa al auditorio: «He sido un cobarde con la heroína, la cocaína, el LSD y demás [...]. En cierta ocasión me fumé un canuto de marihuana con Jerry Garcia, líder de los Grateful Dead, pero sólo por amabilidad. No me pareció que me afectara de ningún modo, ni para bien ni para mal, así que nunca la volví a probar».

Ciertamente, estas palabras no son muy propias de un *hippie*. Uno de los *hippies* más conocidos de la época, el escritor Raymond Mungo, nos invitó a Vonnegut y a mí a visitar la comuna que había creado en Brattleboro, Vermont (y sobre la que luego escribió en sus memorias *Total loss farm*). Nos contó que uno de los motivos por los que él y sus amigos querían fundar una comuna y aprender a «vivir de la tierra» de manera sencilla era que «queremos ser los últimos habitantes del planeta». Vonnegut replicó: «¿Pero eso no es una aspiración más bien deplorable?».

Tal como hablaba y escribía, Vonnegut siempre acababa soltando frases e ideas sencillas que todo el mundo pensaba pero nadie decía, unos razonamientos que expresaban sentimientos íntimos, impugnaban prejuicios y mostraban las cosas desde otro punto de vista. Vonnegut señalaba la evidencia silenciada, era el primero en advertir que el emperador iba desnudo.

Ese mismo Raymond Mungo que en 1970 nos paseó a Vonnegut y a mí por su comuna, me envió recientemente un correo, justo después de leer la recopilación de cartas de Vonnegut que yo acababa de editar. Y lo hizo para decirme que «Kurt fue y sigue siendo un escritor importante que continuará entusiasmando a los lectores cuando nosotros ya hayamos muerto». Una nueva generación de seguidores descubrió su obra en 2005 cuando apareció en *The Daily Show* con Jon Stewart para presentar su último libro, *Un hombre sin patria*, y hoy los adolescentes se siguen conmoviendo con relatos como «Harrison Bergeron», de lectura obligada en los institutos.

Vonnegut ni se rebajaba para ser entendido por sus lectores ni trataba de abrumarlos con su sabiduría. Era tan jugueteón como profundo, y con ese espíritu se dirigía a los graduados. No les hablaba como si fuesen un ganado ignorante a causa de su juventud: a Vonnegut le desagradaban los retratos generacionales. En una de esas clases dijo: «pese a lo que algunos quieren hacernos creer, no somos miembros de distintas generaciones, tan diferentes como los esquimales de los aborígenes australianos. Estamos tan cerca unos de otros en el tiempo que deberíamos considerarnos hermanos y hermanas [...]. Cada vez que mis hijos lamentan el estado del planeta, yo les digo: “¡A callar, que yo también soy un recién llegado! ¿Pero quién os creéis que soy? ¿Matusalén? ¿Pensáis acaso que las noticias del día me gustan más que a vosotros? Pues os equivocáis”». (Vonnegut tenía tres hijos propios y cuatro adoptivos, entre ellos Lily, prohijada con Jill Kremenetz, su segunda esposa).

Pese a su popularidad como orador para licenciados, la verdad es que Vonnegut nunca acabó sus estudios universitarios. Dejó Cornell para alistarse en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial, y el ejército lo envió primero a la Universidad de Butler, donde estudió Bacteriología, y luego al Carnegie Tech y a la Universidad de Tennessee como estudiante de Ingeniería Mecánica. A continuación lo destina-

ron a infantería y le dieron un fusil. Siendo explorador en el Regimiento de Infantería 106 durante la Batalla de las Ardenas, fue capturado por los alemanes y enviado al campo de prisioneros de Dresde, donde sobrevivió al bombardeo de la ciudad refugiado en un depósito subterráneo de carne conocido como Matadero Cinco. Cuando volvió de la guerra estudió Antropología en la Universidad de Chicago gracias a las ayudas destinadas a los reclutas desmovilizados y trabajó como reportero en la agencia de noticias Chicago News Bureau. Aunque cumplió todos los requisitos del doctorado, sus ideas para la tesis fueron rechazadas y tuvo que conformarse con un empleo en el departamento de Relaciones Públicas de la General Electric. Años después, cuando ya era famoso, la universidad le otorgó un doctorado honorífico.

A buenas horas mangas verdes.

A Vonnegut le llegó la fama como escritor cuando tenía ya cuarenta y siete años. Hasta entonces las pasó canutas para mantener a una familia numerosa compuesta por su mujer, sus tres hijos y los tres retoños de su hermana, que había muerto de cáncer a los cuarenta y un años un día después de que su marido falleciese cuando el tren de cercanías en el que viajaba se despeñó por un puente. Los semanarios populares de los años cincuenta, cuyos pagos por sus relatos breves permitieron a Vonnegut dejar su trabajo en la General Electric, se hundieron con la llegada de la televisión, por lo que tuvo entonces que ingeniárselas para llegar a fin de mes. No consiguió vender un nuevo tipo de pajarita a una empresa camisera, creó un juego de mesa que no tuvo ningún éxito, abrió un concesionario de Saab cuando esos coches no eran nada conocidos en Estados Unidos y, cuando el negocio se fue a pique, se marchó a Boston a trabajar en una agencia de publicidad; lo rechazaron como profesor de Literatura Inglesa en el Cape Cod Community College, consiguió un empleo en una escuela para chicos conflictivos, le negaron una beca Gu-

ggenheim... Aun así siguió escribiendo contra viento y marea. Murió en 2007, a la edad de ochenta y cuatro años, sin haber dejado de escribir.

Vonnegut nunca estuvo dispuesto a expender fórmulas infalibles para triunfar de la noche a la mañana, ni a prometer futuros deslumbrantes a los jóvenes que solicitaban su consejo.

A diferencia de casi todos los oradores universitarios, que suelen tener un discurso preparado para todas las ocasiones y se limitan a insertar el nombre de una nueva universidad, Vonnegut siempre aparecía con pensamientos recién elaborados, con nuevas ideas, nuevas historias y nuevas fuentes de ingenio y provocación para alimentar las reflexiones. Tenía, eso sí, algunos temas muy queridos y casi siempre encontraba la manera de deslizarlos en todas sus charlas: el reconocimiento a los maestros o la importancia de percibir el valor de esos momentos fugaces y adorables de la vida cotidiana que se podrían glosar con las palabras de su tío Alex: «No me dirás que esto no es bonito, ¿eh?». Sus mensajes a los graduados no eran un jardín de rosas. Siempre aparece en ellos la angustia ante la destrucción del planeta, el desprecio de los políticos que nos llevan a la guerra por sus propios intereses, la necesidad de amplias familias o la añoranza de los ritos que fortalecían las sociedades del pasado y cuya ausencia atormenta la nuestra.

Vonnegut dijo que «un escritor es, primero y ante todo, un maestro», y sus charlas a los universitarios siempre incluían la lección que subyace en toda su obra, una lección crudamente expresada por un personaje que aparece en una de sus primeras novelas. Lo transmitió así a quienes le pedían consejo: «Yo sólo conozco una regla: tienes que ser bueno, ¡carajo!». Procedente de una larga tradición de librepensadores germánicos, Vonnegut no era cristiano, aunque describía a Jesús como el «más grande y mayor humanista de los seres humanos». Durante la charla que dio en una iglesia episcopal neoyorquina (Domingo de Ramos) ex-

plicó: «Me fascina el Sermón de la Montaña. Ser compasivo, creo yo, es la única buena idea que hemos tenido hasta ahora. Tal vez algún día se nos ocurra otra, momento en el que ya tendremos dos buenas ideas».

Vonnegut fue presidente honorífico de la American Humanist Association y contó lo siguiente en una de sus conferencias: «Nosotros, los humanistas, nos comportamos de la forma más honorable posible sin esperar recompensas ni castigos en la otra vida. Servimos lo mejor que sabemos a la única abstracción con la que tenemos algún tipo de familiaridad, que es nuestra comunidad».

Vonnegut creía firmemente en el servicio comunitario, fuera éste el que fuese y donde fuese. Aunque algunas clases contarán con «un puñado de celebridades» que alcanzan renombre nacional, señaló que la mayoría de los graduados acabarían «construyendo o fortaleciendo [sus] comunidades». Así lo expresó en cierta ocasión: «Amad ese destino, por favor, si resulta ser el vuestro, ya que las comunidades son lo más valioso de este mundo. El resto son chorradas. Y para vuestra despreocupada generación, esa comunidad tanto puede ser Nueva York como Washington, París o Houston... O incluso Adelaida, en Australia, o Shanghái o Kuala Lumpur».

Aunque también podía ser el pueblo o la ciudad que nos vio nacer y crecer. Tanto Vonnegut como yo nacimos y nos criamos en Indianápolis, pero nos marchamos de allí para ir a la universidad y acabar viviendo muy lejos. Un día, mientras deambulábamos por las calles de Nueva York, Vonnegut se volvió y me dijo: «¿Sabes una cosa, Dan? Nosotros nunca tuvimos que abandonar el hogar para ser escritores, pues allí hay tanta gente tonta, lista, buena o mala como en cualquier otro rincón del mundo». Estaba orgulloso de la educación recibida en el instituto de Shortridge, donde había trabajado para el periódico escolar, *The Daily Echo*, como al cabo de una década hice yo también. Cuando un entrevistador le preguntó: «¿De dónde saca usted

ideas tan radicales?», Kurt le respondió, orgulloso y sin dudar: «De la escuela pública de Indianápolis».

Vonnegut ayudó a sus congéneres sirviendo, por ejemplo, en el Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Alplaus (Nueva York), donde vivió mientras trabajaba para la General Electric. Cuando residía en Barnstable, en Cape Cod, Kurt y su esposa Jane organizaban cursos sobre «grandes libros» dirigidos a sus vecinos (como había pertenecido a la fraternidad Phi Beta Kappa de Swarthmore, Jane lo obligó a leer *Los hermanos Karamazov* durante la luna de miel). Cuando se trasladó a Nueva York se involucró a fondo en el PEN Club, del que llegó a ser vicepresidente, para luchar por los derechos de todos los escritores del mundo.

Aunque el destino de una persona no sea vivir y trabajar en una gran ciudad o en el extranjero, para Vonnegut resultaba igual de importante y admirable servir a los demás en el sitio donde uno esté y sentirse satisfecho por pequeño o banal que ese lugar pueda parecerle al resto del mundo. Cuando su amigo Jerome Klinkowitz, profesor y crítico literario, le pidió consejo sobre si debía trasladarse desde una pequeña universidad de Iowa a un centro más prestigioso de la Costa Este, Vonnegut le escribió: «Estoy convencido de que se te valora y se te necesita enormemente donde ahora estás. Eso debería satisfacerte. Si te trasladas al Este, tal vez tu vida te resulte mucho menos propia». Klinkowitz siguió la recomendación y al cabo de unos años me dijo: «Es el mejor consejo que me han dado jamás».

Tanto en sus charlas como en sus libros, relatos y ensayos, Vonnegut suele decir algo que, según él, casi todos nosotros necesitamos oír con desesperación: «Siento y pienso lo mismo que vosotros, me preocupan las mismas cosas que a vosotros, esas cosas que no le importan a la mayoría de la gente. No estáis solos».

Los textos que aquí aparecen son charlas dirigidas a licenciados universitarios excepto una conferencia dada en la Asociación para las Libertades Civiles de Indiana y el dis-

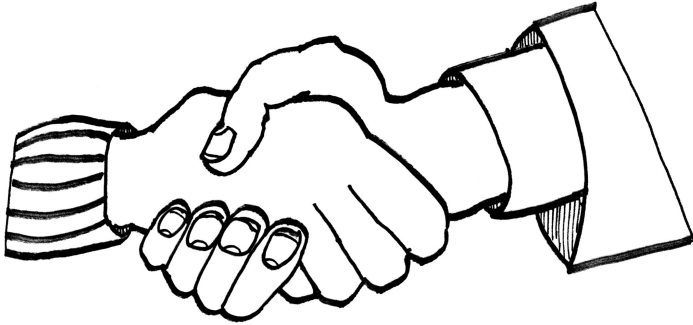
curso de aceptación del premio literario Carl Sandburg; lo que Vonnegut tiene que decir en ambos casos resulta tan relevante para los jóvenes como sus palabras para los graduados.

Éste es el mensaje que envió al presidente de la Junta Escolar de Drake, en Dakota del Norte, quien no sólo había prohibido su novela *Matadero Cinco*, sino que también, por si las moscas, había quemado varios ejemplares en la caldera del instituto:

Si se hubiese tomado la molestia de leer mis libros, como hacen las personas educadas, habría visto que no se centran en el sexo y que no defienden ningún tipo de salvajismo. Mis obras procuran que la gente sea más buena y responsable de lo que acostumbra a ser. No negaré que algunos personajes se expresan de forma grosera. Ello se debe a que la gente habla así en la vida real. Sobre todo los soldados y los que ejercen los trabajos más duros, cosa que saben hasta nuestros infantes más protegidos. Y también sabemos todos que esas palabras, en realidad, no hacen mucho daño a los niños. No nos lo hicieron a nosotros cuando éramos jóvenes. Lo que nos dañó fueron las maldades y las mentiras.

Vonnegut fue uno de los narradores más sinceros de nuestra época. Por eso no encontraréis falsedad en sus consejos.

Dan Wakefield



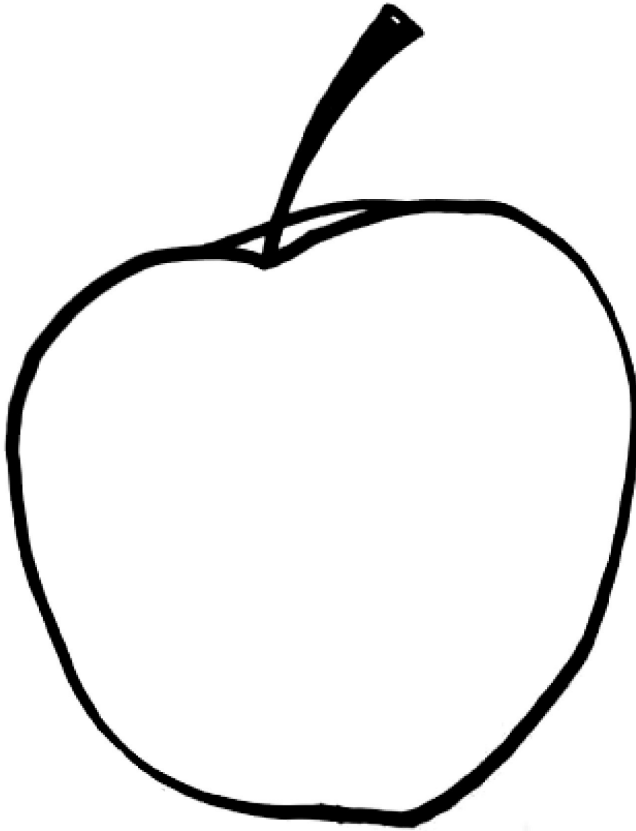
BACHILAUREADO

A ver esas manitas, por favor.

¿Cuántos de vosotros habéis tenido un profesor, en cualquier fase de vuestra educación, entre el primer grado y este día de mayo, que os haya hecho sentir más contentos de estar vivos, más orgullosos de vivir, de lo que antes hubieseis creído posible? ¡Bien! Ahora decidle el nombre de ese maestro a alguien sentado o de pie junto a vosotros.

¿Ya está?

Pues gracias, conducid con precaución hasta casa y que Dios os bendiga a todos.



1. Cómo ganar dinero y hallar el amor

**Freedonia College, Freedonia
(Nueva York), 20 de mayo de 1978**

Juzgando que esa información es insuficiente, Vonnegut explica por qué nos reímos con los chistes, por qué nos sentimos tan solos y por qué el año tiene seis estaciones en vez de cuatro.

La portavoz de la clase acaba de decir que está hasta las narices de oír esto: «Me alegro de no ser joven en esta época». Lo único que puedo añadir al respecto es que me alegro de no ser joven en esta época.

El decano de la facultad quería evitar todo elemento negativo al despedirse de vosotros, así que me ha pedido que os comunique lo siguiente: «Quienes aún tengan pendiente de pago la factura del aparcamiento deberán abonarla antes de abandonar el recinto si no quieren arriesgarse a que sus notas sean víctimas de extraños fenómenos».

Cuando era muchacho en Indianápolis había un humorista llamado Kin Hubbard. Cada día escribía unas líneas para el *Indianapolis News*. Indianápolis necesita todos los humoristas disponibles. Muy a menudo, Hubbard resultaba tan ingenioso como Oscar Wilde. Decía, por ejemplo, que la Ley Seca era mejor que la carencia absoluta de alcohol. También que cualquier cosa parecida a la cerveza sin ser cerveza merecía ser tomada en consideración.

Supongo que las cosas de verdad importantes ya os las han enseñado aquí a lo largo de los últimos cuatro años y que no necesitáis grandes enseñanzas de mí, hecho que me alegra. En esencia, lo único que debo agregar es: se acabó, la infancia ha terminado definitivamente. «De ver-

dad lo siento», como solía decirse durante la guerra de Vietnam.

Tal vez hayáis leído la novela de Arthur C. Clarke *El fin de la infancia*, una de las escasas obras maestras que ha dado la ciencia ficción. Las otras las he escrito yo. En la novela de Clarke, los personajes sufren espectaculares cambios evolutivos. Los niños llegan a ser muy distintos de sus padres, menos físicos, más espirituales... hasta que un día forman una especie de columna lumínica que se extiende por el universo con una misión desconocida. Ahí termina la novela. Pero vosotros, veteranos, os parecéis mucho a vuestros padres y dudo que os vayáis radiantemente al espacio en cuanto os den el diploma. Lo más probable es que volváis a Búfalo, a Rochester, a Quogue Este... o a Cohoes.

Y supongo que todos querréis dinero y amor del bueno, entre otras cosas. Os voy a decir cómo se gana dinero: trabajando duro. Os voy a contar cómo se obtiene amor: llevando ropa chula y sonriendo todo el rato. Y aprendiendo la letra de las últimas canciones.

¿Qué otros consejos os puedo dar? Comed mucho salvado, que incrementa el poder de cualquier dieta. El único consejo que yo recibí de mi padre fue: «No te metas nunca nada en la oreja». Los huesos más finos del cuerpo están allí, ¿sabéis?, y también el sentido del equilibrio. Si andáis tonteando con las orejas no sólo podéis acabar sordos, sino que además os caeréis a todas horas. Así pues, dejad en paz vuestras orejas. Están muy bien como están.

No matéis a nadie aunque en el estado de Nueva York no esté en vigor la pena de muerte.

Y poco más puedo decir.

Hay otra opinión consistente en advertir que las estaciones del año no son cuatro sino seis. La poesía de las cuatro estaciones es absolutamente superflua en esta parte del planeta, lo cual puede explicar por qué pasamos tanto tiempo deprimidos. Vamos a ver, la primavera casi nunca parece primavera, noviembre no encaja con el otoño y así